

La crisis de la economía mundial: retos y perspectivas para México

José Luis León M.

Introducción

En la memoria colectiva y la historia de Occidente suelen recordarse con particular frecuencia y cierto escalofrío las escenas de la llamada Gran Depresión económica de los años treinta, que propiamente se inició a fines de 1929. En países como Estados Unidos, la recesión se apoderó de la escena y lanzó al desempleo a uno de cada cuatro ciudadanos en edad productiva, mientras el sector externo de las naciones exportadoras —sobre todo en América Latina— actuaba como correa de transmisión de esa crisis a las sociedades periféricas; con ello se propiciaba, aun de manera involuntaria, la irrupción de nuevos (y casi siempre conflictivos) procesos económicos y sociales.

La caída de la Bolsa de Valores de la ciudad de Nueva York en octubre de 1987, que fue acompañada por el desplome simultáneo de otros mercados bursátiles alrededor del orbe, colocó en el centro del debate internacional la posibilidad de que en nuestros días se reedite un mayúsculo *crack* económico, dotado de una cauda de tribulaciones semejante (aunque muy probablemente mayor y más dramática, teniendo en cuenta los importantes vasos comunicantes con que la economía mundial enlaza hoy a sus miembros) a la que arrojó el proceso iniciado en 1929.

El presente ensayo tiene como objetivo central brindar algunos elementos de diagnóstico acerca del complejo trasfondo en el que se desenvuelve la economía mexicana, así como algunas sugerencias para que ésta enfrente con mayor éxito los retos que dicha situación le plantea.

Partiendo del aserto de que la crisis económica de nuestros días es profunda, prolongada

y general, el apartado I revisa la situación vigente en los países industrializados, el Tercer Mundo y el bloque de naciones con economías centralmente planificadas. Se encuentra en todos ellos la presencia de elementos sumamente críticos, algunos de los cuales son específicos de cada realidad; sin embargo, el recuento privilegia los signos negativos comunes, es decir, la tendencia general al estancamiento, el proteccionismo comercial, el escaso dinamismo de las transacciones de bienes y el decremento de la productividad que flagelan a casi todos los países del mundo.

Con base en tales hechos, el capítulo II retoma algunas ideas de las teorías de los ciclos económicos para de allí tender puentes hacia el análisis de la actualidad. Al tiempo que se vislumbra la posibilidad de una crisis inminente (cosa que, por lo demás, muchos analistas han previsto guiados por consideraciones de muy diversa índole), se realizan especulaciones sobre el orden mundial que emergería después de ella y que seguramente profundizaría el proceso de fragmentación hegemónica —no sólo en el terreno económico, sino también en el militar y en el político— que ya se insinúa actualmente.

El último capítulo de nuestro escrito detalla algunas propuestas para que los vaivenes producidos por la inestabilidad mundial y la depresión en ciernes no golpeen con demasiada intensidad a México. Para ello se recomienda limitar el ritmo y la intensidad de la apertura externa, así como redoblar los esfuerzos ya emprendidos en búsqueda de nuevos horizontes para diversificar nuestras relaciones económicas internacionales.

Es cierto que las grandes tendencias políticas y económicas asumen un carácter global,

pero también es verdad que hay un enorme abismo entre dejarse arrastrar por la marejada y tomar medidas *no* para evitarla (lo cual sería un esfuerzo que está más allá de nuestras posibilidades), sino para paliar o amortiguar sus efectos negativos. Esperamos que nuestro texto sirva como una modesta contribución en este segundo sentido.

I. Algunos elementos críticos de la economía internacional

El conocido historiador norteamericano Immanuel Wallerstein ha creado un concepto particularmente útil para estudiar el decurso del sistema internacional. Este concepto, llamado *economía-mundo*,

supone que existe una economía por doquier en la cual... hay una división internacional del trabajo relativamente completa y en expansión constante con un conjunto integrado de procesos de producción, los cuales se hallan interrelacionados por un mercado que ha sido instituido o creado de manera compleja. En tales condiciones, la economía-mundo capitalista existe desde el siglo XVI.

En forma progresiva esta "economía" se extendió geográficamente al mundo entero para integrar, en el siglo XX, a casi la totalidad de la población de la Tierra.¹

Junto a la expansión de la economía-mundo también se ha venido conformando un sistema-mundo que, en determinadas coyunturas críticas, sufre sacudimientos a lo largo y ancho de muchas de las áreas geográficas que lo integran. Así, las manifestaciones, disturbios y agitación social que durante un periodo de al menos tres años a partir de 1968 se registraron en el orbe, no serían sino una manifestación abierta de la profunda crisis de ese sistema.²

Aceptando, pues, que existen tendencias integradoras globales con capacidad para rebasar valladares ideológicos, puede comprenderse la caracterización del proceso en boga como una crisis profunda, prolongada y general.³

¹ Henry Delahaie, "Immanuel Wallerstein y la 'economía-mundo'", en *Contextos*, segunda época, año 3, núm. 55, México, 15 de julio de 1985, p. 30.

² Cfr. Immanuel Wallerstein, "1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes", en *Estudios Sociológicos de El Colegio de México*, vol. VII, núm. 20, México, mayo-agosto de 1989, pp. 229-250.

³ Esta caracterización se basa en las consideraciones de Jaime Estévez, "Crisis mundial y proyecto nacional", en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín (coords.), *México ante la crisis*, 1, México, Siglo XXI, 1985, pp. 45-49.

Es una crisis profunda porque está tocando el epicentro del modelo de desarrollo industrial con expansión del comercio internacional que se desarrolló con gran intensidad desde finales de la segunda Guerra Mundial. El producto interno bruto (PIB) ha disminuido su ritmo de crecimiento en relación con el observado durante décadas anteriores, la tasa de inversión registra constantes caídas y la productividad también decrece. Por otra parte, y de la mayor importancia, el comercio internacional, al que se considera como la palanca *par excellence* del dinamismo económico, ha visto menguar sustancialmente su tendencia al alza: de un ritmo de crecimiento de 8.5% entre 1963 y 1973, pasó a 4.5% en el quinquenio posterior, y se espera que al finalizar la década de los ochenta resulte considerablemente menor que el registrado en los años de referencia,⁴ aun a pesar del *wishful thinking* que permea los informes de algunos organismos comerciales de carácter multilateral.⁵

Asimismo, la crisis es prolongada, pues ha venido manifestándose por lo menos desde mediados de los sesenta y, a pesar de las recuperaciones más o menos prolongadas que sin duda han tenido lugar, estructuralmente permanece incólume. Más aún, se muestra rebelde frente a las políticas económicas con que se ha intentado erradicarla. Ni el keynesianismo (uno de cuyos fracasos más estrepitosos fue el del gobierno laborista de la Gran Bretaña hacia mediados de los setenta), ni el neoliberalismo (cuyos éxitos son más excepciones que regla), han sido capaces de dominar por completo los signos más ominosos de la problemática económica. En este sentido, la crisis actual es también, más allá de toda racionalización apologética, una crisis de los paradigmas económicos.

Finalmente, se considera que la crisis es general en la medida en que, como era de esperarse de acuerdo a los parámetros que externa Wallerstein, afecta —con distintos matices e intensidad— a la gran mayoría de los componentes del sistema-mundo, como intentaremos demostrar más adelante.

⁴ *Ibid.*, p. 46. Véase también Miguel S. Wionczek, "El vuelo y la caída. Un vistazo a los problemas y perspectivas de la economía", en *Comercio Exterior*, vol. 36, núm. 11, México, noviembre de 1986, p. 1001.

⁵ Véase, por ejemplo, el reporte del reciente informe del GATT resumido en *El Día*, México, 10. de septiembre de 1989, p. 9.

A estas alturas cabe interrogarse sobre los orígenes de la crisis a la que hemos venido refiriéndonos insistentemente. Un primer cuan trascendente impulso ascensional del fenómeno lo dio la guerra de Vietnam, que tuvo como efecto mayor el aumento de las tendencias inflacionarias a consecuencia de su financiamiento. Al mismo tiempo, los crecientes gastos internos de Estados Unidos fueron erosionando el valor del dólar junto con su capacidad de sostener el sistema monetario internacional, lo que llevó al desmoronamiento de las formas sistémicas operativas establecidas en Bretton Woods en 1944. A partir de la introducción de los tipos de cambio y las tasas de interés flotantes, del decreto de inconvertibilidad del dólar en oro instrumentado por el entonces presidente estadounidense Richard Nixon, y del creciente desplazamiento de la divisa norteamericana como referente privilegiado del orden financiero y monetario de la posguerra, el mundo ingresó en una época de perturbaciones y desequilibrios que todavía están vigentes.

El segundo impulso crítico notable fue el de los "sismos" petroleros de 1973-1974 y 1979-1980, que dieron lugar a nuevos desarrollos en el conjunto de la economía mundial. Sobre esto, el "Informe del Grupo Independiente sobre corrientes financieras a los países en desarrollo", presidido por el expremier germanofederal Helmuth Schmidt, hace notar lo siguiente:

(En los dos *shocks* petroleros) los precios alcanzaron un nivel 20 veces superior al del decenio de 1960, lo que repercutió violentamente en todo el sistema financiero internacional. Los enormes superávits en cuenta corriente acumulados por varios países exportadores de petróleo tuvieron su contrapartida en los países importadores de petróleo.

Una parte considerable de ese superávit fue depositada a corto plazo en los bancos comerciales de Occidente, que a su vez los transformaron en créditos a mediano y largo plazo, principalmente para los países importadores de petróleo. Este procedimiento, denominado "*reciclamiento de petrodólares*", significó en la realidad una conversión muy riesgosa de las obligaciones a corto plazo de los bancos comerciales en préstamos a largo plazo. La predisposición a tomar préstamos se vio estimulada por tipos de interés real de valor negativo, que fue uno de los efectos del aumento de la inflación.⁶

⁶ Helmuth Schmidt *et al.*, "Un mundo unido. Informe del Grupo independiente sobre corrientes financieras a los países en desarrollo", en *Política Internacional*, núm. 942-3, Belgrado, 5-20 de julio de 1989, p. 14.

Con esto se llega a la identificación de un tercer momento de aceleración de la crisis mundial: la deuda externa de la periferia. Cuando a principios de los ochenta se hizo evidente esta problemática, su espiral ascendente había alcanzado niveles explosivos, y el riesgo de incumplimiento en el servicio del débito por parte del mundo en desarrollo colocaba en una situación comprometida al sistema financiero internacional. Aunque hoy la situación parece menos alarmante para los acreedores, en la medida en que éstos han tomado múltiples previsiones frente a eventuales incumplimientos, el billón de dólares que alcanza el monto de la deuda permanece como una pesada carga para los países involucrados.

Las anteriores disquisiciones permiten reafirmar la impresión de que la crisis de la economía-mundo, más allá de lo que permite ver la superficie, está alcanzando estadios preocupantes no sólo en Asia, África y América Latina (regiones asoladas por el endeudamiento), sino también en los países desarrollados de Occidente y las formaciones económicas del bloque socialista.

En las *naciones occidentales de "mercado libre"* las tasas de crecimiento del producto real de los últimos años muestran, en general, saldos positivos, si bien se constata que la cresta de 4.7% alcanzada en 1984 ha tendido a disminuir en los años posteriores, según se puede apreciar en el cuadro 1. Si se comparan con los registros de las décadas posteriores a la segunda posguerra, los de la presente década evidencian un deterioro nítido.

Esta desaceleración en el ritmo de crecimiento de la actividad económica en los países industrializados se ha hecho acompañar por una marcada tendencia deflacionaria, según puede apreciarse en el cuadro 2. En el papel, la baja inflación pareciera algo positivo, de no ser porque, como ha hecho notar el ganador del Premio Nobel de Economía, James Tobin, implica un potencial explosivo a mediano plazo. Acerca de dicho peligro, André Gunder Frank escribe:

La deflación y la depresión se extienden de un sector de la economía a otro, de una región a otra y de un país a otro; como si la bancarrota, la rebaja en el valor de los bienes y el descenso de la demanda en una ficha de dominó derribara a la otra. En una economía mundial altamente interrelacionada, una significativa —y a veces aparentemente insignificante— bancarrota o una alarma financiera o política en cualquier lado puede

CUADRO 1
 CRECIMIENTO DEL PRODUCTO REAL, 1980/1986
 (% anual)

	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986
Mundo	2,1	1,8	0,6	2,6	4,4	3,1	2,9
Países Industrializados	1,3	1,4	-0,4	2,7	4,7	3,0	2,4
Estados Unidos	-0,2	1,9	-2,5	-3,6	6,4	2,7	2,5
Japón	4,3	3,7	3,1	3,2	5,1	4,7	2,5
Rep. Fed. de Alemania	1,5	—	-1,0	1,8	3,0	2,5	2,4
Francia	1,1	0,5	1,8	0,7	1,5	1,4	2,2
Gran Bretaña	-2,5	-1,4	1,5	3,5	2,9	3,4	2,5
Países en desarrollo	3,5	2,1	1,6	1,4	4,1	3,2	3,5
América Latina	5,3	0,5	-1,4	-2,4	3,2	2,7	3,4

Fuente: Fondo Monetario Internacional; Comisión Económica para América Latina.

iniciar una crisis que se extienda como el fuego, conduciendo a tendencias deflacionistas en otras partes del mundo.⁷

Por otra parte, la tasa de desempleo en los mencionados países ha mostrado un ligero descenso desde 1984 (véase cuadro 2), pero es notablemente mayor a la de hace 20 años. Hacia mediados de 1987, el número de desempleados en los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE), que agrupa a las más importantes naciones capitalistas del mundo, alcanzó los 33 millones de personas (casi 10 millones en Estados Unidos y Canadá, cerca de 20 en Europa Occidental y 2.5 en Australia y Japón), frente a los 5 millones de 1967 y los 15 millones de 1975.⁸ Además, la proporción de los desempleados a largo plazo, esto es, quienes no han laborado durante más de tres años, tiende a crecer sobre todo en los segmentos extremos del mercado de trabajo: los jóvenes bien capacitados y los ancianos sin capacitación que frecuentemente pertenecen a las minorías étnicas.⁹

Un análisis de la evolución de la economía en estos países no debe soslayar la importancia que en ella adquiere el llamado *conflicto Oeste-Oeste*, que consiste en una disputa cada vez más abierta por el dominio de los flujos comerciales y financieros internacionales entre Europa Occidental, Estados Unidos y Japón. Las reuniones anuales que celebran los mandatarios del Grupo de los Siete han sido incapaces de aminorar sustancialmente las tensiones de tal conflicto, como en su tiempo lo fueron las directrices de la Comisión Trilateral. Quizá los únicos acuerdos significativos que en este renglón se han obtenido son el del "Hotel Plaza", del 22 de septiembre de 1985, ocasión en que el Grupo de los Cinco —que excluye a Canadá e Italia— concertó una depreciación gradual del dólar y el de Louvre, de febrero de 1987, gracias al cual los países signatarios se coordinaron para evitar oscilaciones bruscas en los mercados cambiarios y conjurar con ello posibles amenazas al crecimiento y las perspectivas de ajuste de la economía mundial.¹⁰

Pero sin lugar a dudas, es el conflicto y no la cooperación el signo definitorio de las relacio-

⁷ André Gunder Frank, "Ilusiones que matan. La débil recuperación reaganista (II parte)", en *Nueva Sociedad*, núm. 89, Caracas, mayo-junio de 1987, p. 27.

⁸ Cfr. José Luis León, "¿Hacia un nuevo crack de la economía internacional?", en *El Día*, 27 de octubre de 1987, p. 4.

⁹ Véase M. Wionczek, *op. cit.*, pp. 1001 y 1002.

¹⁰ Véase Nora Aguilar y Federico Kubli, "Evolución reciente y perspectivas del dólar norteamericano", en *Boletín de Economía Internacional*, Banco de México, vol. XV, núm. 2, México, abril-junio de 1989, p. 3.

CUADRO 2
INFLACIÓN Y DESEMPLEO EN LAS ECONOMÍAS INDUSTRIALIZADAS, 1980/1986

	(% anual)						
	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986
<i>Inflación*</i>							
Países Industrializados	11,7	9,9	7,4	4,9	4,6	4,1	2,3
Estados Unidos	13,5	10,4	6,1	3,2	4,3	3,6	1,9
Japón	7,7	4,9	2,7	1,9	2,3	2,0	0,6
Rep. Fed. de Alemania	5,4	6,3	5,3	3,3	2,4	2,2	-0,3
Francia	13,3	13,4	11,8	9,6	7,4	5,8	2,2
Gran Bretaña	18,0	11,9	8,6	4,6	5,0	6,1	3,4
<i>Tasa de desempleo</i>							
Países Industrializados	5,8	6,7	8,2	8,6	8,1	8,0	8,0
Estados Unidos	7,2	7,6	9,7	9,6	7,5	7,2	7,0
Japón	2,0	2,2	2,4	2,7	2,7	2,6	2,8
Rep. Fed. de Alemania	3,4	4,9	6,8	8,2	8,1	8,2	7,9
Francia	6,6	7,7	8,4	8,6	10,0	10,4	10,7
Gran Bretaña	6,7	8,1	9,6	11,0	11,6	11,7	11,4

Índice de precios al consumidor.
Fuente: Fondo Monetario Internacional.

nes entre los grandes polos capitalistas en los ochenta, como lo demuestran las crecientes tendencias proteccionistas, alimentadas a su vez por los persistentes déficit en el saldo de la cuenta corriente de la balanza de pagos esta-

dounidense frente a los concomitantes signos positivos de la RFA y Japón (véase cuadro 3).

Como ejemplo del proteccionismo, el 25 de mayo de 1989 la representante de Comercio de Estados Unidos identificó a Japón como "actor

CUADRO 3
SALDOS DE CUENTA CORRIENTE DE BALANZA DE PAGOS
DE ESTADOS UNIDOS, JAPÓN Y LA REPÚBLICA FEDERAL
DE ALEMANIA, 1982-1988

(En miles de millones de dólares EE UU)

	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988
Alemania, República Federal de	5,1	5,3	9,9	16,0	39,3	45,0	48,5
Estados Unidos de América	-8,7	-46,3	-107,1	-115,1	-138,8	-154,0	-135,3
Japón	6,9	20,8	35,0	49,2	85,8	87,0	79,5

Fuente: FMI, *World Economic Outlook*, abril de 1989, p. 156.

comercial desleal", lo cual implica, de acuerdo a la sección 301 de la Ley de Comercio vigente, seguir un año de investigaciones y negociaciones con el gobierno nipón a fin de constatar y/o eliminar las prácticas desleales. Empero, si a juicio norteamericano éstas no aminoran, se implantarían represalias, sobre todo en los sectores japoneses de semiconductores, productos forestales, aparatos electrónicos y telecomunicaciones.¹¹ Igualmente se vislumbra que el establecimiento del Mercado Común Europeo a partir del primer día de 1993 constituirá un nuevo paso en la carrera proteccionista en marcha.¹²

Como puede constatar, Estados Unidos es un actor central en ese juego y, obviamente, en el funcionamiento de la economía mundial. Merece, en consecuencia, un estudio por separado. Si bien la economía de nuestro vecino del norte lleva siete años consecutivos de crecimiento, con lo cual ha obtenido el *boom* más largo de su historia,¹³ las bases de ese fenómeno, denominado "recuperación Reagan", son bastante débiles e inestables y, más aún, potencialmente desequilibrantes de la economía mundial.

Una rápida ojeada a los indicadores básicos de la economía estadounidense permite constatar la anterior afirmación. En efecto, de 1980 a 1987, la deuda bruta federal se elevó de 914 mil 300 millones a 2.35 billones de dólares. La suma de las deudas pública, privada, estatal y local de Estados Unidos había alcanzado, a finales de 1987, los 5 billones de dólares (es decir, cinco veces más que el total del débito externo de los países en desarrollo),¹⁴ aunque autores como Restrepo la sitúan en un nivel superior a los 10 billones de dólares.¹⁵

Por otro lado, el superávit que la cuenta corriente registraba en 1980 y 1981 se convirtió

¹¹ Cfr. "Tensiones crecientes entre Estados Unidos y Japón: el caso de la Sección Super 301", en *Estados Unidos: perspectiva latinoamericana*, vol. 14, núm. 7, México, julio de 1989, p. 85.

¹² Cfr. Juan Rocha, "CEE. El mercado común: otro ladrillo en el muro del proteccionismo", en *Comercio Exterior*, vol. 39, núm. 2, México, febrero de 1989, pp. 144-150.

¹³ Según las series estadísticas intituladas "Economic and Financial Indicators" publicadas por el semanario londinense *The Economist* el 6 de mayo de 1989, en el primer trimestre de 1989 la economía estadounidense creció 5.5%, cifra muy favorable en comparación con el 2.4% del trimestre inmediatamente anterior.

¹⁴ I. F. Stone, cit. por José Luis León, "1987; apuntes para la crónica de un año turbulento", en *El Día*, México, 31 de diciembre de 1987, p. 4.

¹⁵ Iván Restrepo, "La segunda gran depresión", en *La Jornada*, México, 6 de junio de 1988, p. 5.

en un déficit de 8.7 mil millones de dólares en 1982; 115.1 mil millones en 1985; 154 mil millones en 1987, y 135.3 mil millones de dólares en 1988, como puede constatar al revisar de nuevo el cuadro 3. A su vez, el desequilibrio comercial pasó de 36 mil 200 millones a 173 mil 700 millones entre 1980 y 1987, y el déficit fiscal se duplicó, pasando de 73 mil 800 millones en el primer año aludido a 150 mil 400 millones de dólares en el último, lo que representa proporciones de 2.7 y 3.4% del PIB, respectivamente.¹⁶

Las quiebras bancarias fueron 32 en 1982, 78 en 1984 y 125 en 1985; en ese mismo año, más de mil bancos dijeron encontrarse en dificultades, y al cabo del sexenio 1981-1986 habían desaparecido 621 instituciones bancarias —entre ellas el muy importante Continental Illinois—, mientras que en todo el periodo de la posguerra hasta 1981 sólo lo habían hecho 170.¹⁷ A ello se sumó la bancarrota de 56 mil empresas pequeñas y una crisis agrícola de proporciones mayores en el Medio Oeste, que ha forzado a miles de familias campesinas a cambiar de actividad y/o rematar parte de sus activos.

El crecimiento de las manufacturas y la productividad industrial se ha contraído, mientras el nivel de la inversión neta se mantiene en cerca de 7% del PIB, cifra mucho menor a la de Japón, Europa y otros países. Todavía más sintomático es que gran parte de las nuevas inversiones —así como de los empleos generados al calor de la "recuperación Reagan"— se han dirigido al área de los servicios financieros y actividades conexas, que no son directamente productivos.¹⁸

Los recortes en el gasto social y asistencial que fueron pivotes de la *reaganomics* han catalizado la distribución regresiva del ingreso en el país. Según la Dirección de Censos, existen 32.5 millones de estadounidenses que viven en condiciones de pobreza y, aparte de los elevados índices de desnutrición vigentes en amplias capas sociales, se cree que 20 millones de personas sufren de hambre por lo menos du-

¹⁶ Cfr. Homero Urias, "Los desequilibrios de la 'era Reagan': algo para recordar (segunda y última parte)", en *Comercio Exterior*, vol. 38, núm. 10, México, octubre de 1988, p. 926.

¹⁷ Cfr. A. Gunder Frank, "Ilusiones... (I parte)", en *Nueva Sociedad*, núm. 88, Venezuela, marzo-abril de 1987, p. 105, y Homero Urias, *loc. cit.*

¹⁸ Véase a este respecto la obra de Harry Magdoff y Paul M. Sweezy, *Estancamiento y explosión financiera en Estados Unidos*, México. Siglo XXI, 1988, p. 74.

rante alguna época del año. Además se calcula en varios millones el número de ciudadanos que carecen de vivienda en condiciones adecuadas o que no tienen siquiera un lugar para vivir. Son los llamados *homeless*.¹⁹

En este sentido, los datos de la distribución del ingreso propiamente dicha no hacen sino reflejar el acelerado proceso de concentración de la riqueza que el lector habrá podido imaginar sobre la base de las cifras anotadas; en efecto, mientras en 1976 el 1% de la población era dueña del 19.2% del ingreso nacional, solamente siete años más tarde, en 1983, ese mismo 1% ya poseía el 34.3% del total a repartir.²⁰ Una estructura tan desigual no se observaba precisamente desde 1929 (cuando la centésima parte de la población acaparó 36.3% de la riqueza), año en que dio comienzo la Gran Depresión.²¹

Sin embargo, aun contando con lo gris que aparece el panorama de las economías industrializadas, y en particular de la estadounidense, la situación de sus sociedades no se contempla tan frágil. Acaso ello se deba a la indudable capacidad que esas naciones centrales poseen para transferir gran parte de los costos y efectos de la crisis a la periferia, por tres vías principales: 1) el deterioro de los términos de intercambio; 2) el proteccionismo comercial que se retroalimenta en el ya relatado conflicto Oeste-Oeste, y 3) el pesado fardo de la deuda externa y las altas tasas de interés vigentes en los mercados internacionales.

Así, pues, otra área de peligro para la economía-mundo en su modalidad actual son las *desiguales relaciones entre el Norte industrializado y el Sur* que produce y exporta básicamente materias primas. Son varias las formas en que esa inequidad se manifiesta, y algunas de ellas contribuyen a visualizar con nitidez la incapacidad de la economía internacional para generar alternativas coherentes a efectos de continuar reproduciéndose con fluidez.

En primer lugar, la evolución reciente de la crisis internacional ha puesto en duda la validez de la teoría del "efecto locomotora", según la cual las recuperaciones en los grandes cen-

tros industrializados automáticamente propiciaban un ascenso semejante en las economías periféricas. Si algo han demostrado los años ochenta, es que esos procesos son más diacrónicos (mientras unos países se recuperan otros se encuentran poco menos que frente al abismo económico) que sincrónicos (es decir, que todos los actores se reponen al mismo tiempo). Efectivamente, la relativa recuperación del Norte en los últimos años no ha resultado suficiente para disminuir en forma significativa las tasas de interés, mejorar la relación de precios del intercambio o reanudar las corrientes de capitales hacia Asia, África y América Latina; por su parte, las inversiones de los países industrializados en los países en desarrollo entre 1982 y 1986 se redujeron de 20 mil millones a 10 mil millones de dólares, aunque últimamente tienden a repuntar.²²

En segundo lugar, la erosión de los términos de intercambio en detrimento de los precios de las materias primas y los productos básicos es, a estas alturas de los ochenta, un dato irrefutable: a la persistente caída de los precios internacionales de los energéticos —cuyo precio actual se sitúa a la cuarta parte del de 1981— se suma un comportamiento similar en los mercados de productos metalúrgicos y agrícolas. De tal modo, los precios reales que actualmente alcanzan esas mercancías son equiparables con sus valores de los cincuenta y, lo que es aún peor, se prevé que su tendencia a la baja continuará en los próximos años. Por ejemplo, la publicación *Pronósticos mundiales de productos básicos*, recientemente editada por *The Economist*, contempla disminuciones en la cotización del cacao, el café, el azúcar, el petróleo, el níquel, el aluminio, el plomo y el zinc para 1990. La única excepción sería el estaño, que pasaría de 3.88 dólares la libra en 1989 a 4.03 al año siguiente.²³

En tercer lugar, la brecha entre el Norte y el Sur tiende a ensancharse conforme transcurre el tiempo. Entre 1965 y 1987, el PNB real per cápita, calculado en dólares de 1987, aumentó de 140 a 270 dólares en los países de bajos ingresos, de 980 a 1 680 en las naciones de ingresos medios, y de 8 mil 820 a 14 mil 550 en

¹⁹ *Ibid.*, p. 85.

²⁰ H. Urias, *loc. cit.*

²¹ Cfr. Ravi Batra, *La gran depresión de 1990*, México, Grijalbo, 1988, p. 124.

²² Véase H. Schmidt *et al.*, *op. cit.*, p. 13. También Enrique V. Iglesias, "América Latina: crisis y opciones de desarrollo", en Varios, *Democracia y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, GELSA, 1985, p. 249.

²³ Cit. en *El Día*, México, 12 de abril de 1989, p. 7.

las áreas industrializadas con economías "de mercado".²⁴ La desigualdad que esto encierra puede comprenderse mejor si se toma en cuenta que el producto geográfico de más de 130 países en desarrollo no llega al 30% del producto geográfico de las 20 naciones principales del mundo desarrollado. Tal relación se revela aún más inequitativa al considerar las corrientes de comercio global. De la suma de exportaciones mundiales, los países en desarrollo generaban en 1970 un 18.4%; en 1987 esta cifra se había elevado apenas a un 20%, gracias sobre todo a la contribución de los países del sureste asiático. La participación de América Latina, entre tanto, había descendido de un 5.5% a un 3.9%, y la de África de 4.1% a 2.2 por ciento.²⁵

En cuarto término, los años ochenta distan de haber logrado el objetivo establecido por la XXV Asamblea General de la ONU de 1970, en el sentido de que las naciones industrializadas deberían destinar por lo menos el 0.7% de su PIB a la ayuda oficial para el desarrollo (AOD). Únicamente Francia, Noruega, los Países Bajos y Suecia han cumplido esa meta.

Finalmente, es un hecho de sobra conocido y documentado que, debido al pago de intereses y amortizaciones de su deuda externa, los países de la periferia se han convertido en exportadores netos de capitales, en el momento en que paradójicamente los necesitan más para financiar su desarrollo.

El resultado de todo esto es que prácticamente ninguno de los subgrupos integrantes del mundo en desarrollo puede sentir que la crisis no lo afecta en algún sentido. Ni América Latina, ni el África mahgrebina o subsahariana, ni los países de la OPEP y ni siquiera los países asiáticos de reciente industrialización han podido evadir alguno de los múltiples efectos negativos de la crisis actual.

Tampoco es boyante la situación en la mayor parte de los países con economías centralmente planificadas que, al menos en términos formales y de acuerdo con sus propias definiciones, deberían estar exentos de los vaivenes de la economía capitalista. La realidad dista mucho de ser así: al incorporarse a los circuitos internacionales de valorización del capital, esas

naciones comenzaron a demandar tecnología de las empresas transnacionales y financiamiento de los grandes centros bancarios de Occidente, con lo cual la deuda externa de los Estados de Europa Oriental (incluyendo la URSS) en moneda convertible, alcanzó los 128 mil 600 millones de dólares en 1987, frente a los 94 mil 43 millones de 1981 (véase cuadro 4).

En 1981, el grupo de países socialistas sólo registró un aumento de 1.7% en su producto, cifra a todas luces inferior al modesto 4.3% del periodo 1976-1980. El caso de la URSS es aleccionador, pues según los datos proporcionados por el viceministro de Economía, Leonid Abalkin, desde 1987 la situación económica "tuvo un claro empeoramiento" que ha llevado al gobierno de Mijail Gorbachov a considerar la posibilidad de emitir títulos públicos a un interés de 5% para absorber parte del exceso de liquidez monetaria y reducir el déficit fiscal, que a finales de 1989 podría alcanzar unos 100 mil millones de rublos, equivalentes a 165 mil millones de dólares.²⁶

A la vista de todos los datos aquí anotados, creemos que ni los optimistas más empedernidos (que sin duda los hay) podrían negar que el panorama actual de la economía-mundo es, por decir lo menos, preocupante y, por decir lo más, explosivo. En estas circunstancias no es de mal gusto considerar la perenne —aunque muy desagradable— posibilidad de que un colapso del sistema económico internacional se esté acercando cada vez más.

II. ¿Hacia un nuevo crack de la economía-mundo?

Toda prospectiva seria de la economía internacional debe partir del siguiente hecho: el sistema está sujeto a las contingencias de los ciclos económicos, que han dejado su impronta en la historia económica de por lo menos los últimos 150 años.

Los economistas suelen distinguir los ciclos Mitchel, con una duración de 40 a 50 meses; los ciclos Jugular, que se extienden por periodos de entre nueve y once años; los ciclos intermedios de tipo Kuznetz, cuya duración varía entre 15 y 25 años; y finalmente los ciclos Kondratieff de onda larga, que se prolongan entre 40 y 60 años.

²⁴ H. Schmidt *et al.*, *op. cit.*, p. 12.

²⁵ CLEPI, *Informe sobre la economía mundial: perspectiva latinoamericana. El desafío de la incertidumbre*, Santiago, Chile, 1988.

²⁶ *Cfr. unomásuno*, 24 de septiembre de 1989, p. 17.

CUADRO 4
ESTADOS DE EUROPA ORIENTAL:
DEUDA EN MONEDAS CONVERTIBLES, 1981-1987^a

(En miles de millones de dólares EE UU)

	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987
Bulgaria	3 162	2 977	2 482	2 165	3 640	5 075	6 000
Checoslovaquia	4 598	3 998	3 612	3 135	3 511	4 254	5 300
Hungría	8 699	7 952	8 250	8 836	11 745	15 086	17 500
Polonia	25 468	24 700	26 440	26 800	29 700	33 526	37 600
República Demo- crática Alemana ^b	15 423	12 998	12 191	11 332	13 563	15 764	18 500
Rumania	10 159	9 766	8 880	7 198	6 634	6 395	5 700
Total parcial	67 509	62 391	61 855	59 466	68 793	80 100	90 600
URSS	26 534	26 737	23 587	22 513	28 465	33 061	38 000
Total general	94 043	89 128	85 442	81 979	97 258	113 161	128 600

^a Al fin del año.

^b Incluida la deuda intraalemana.

Fuente: ocdE, *Financial Market Trends*, febrero de 1988, pág. 24.

Tras experimentar cerca de cuatro decenas de recesiones desde el siglo pasado, la economía mundial se encontraría actualmente transitiendo por una fase depresiva de tipo Kondratieff B, que comenzó junto con la declinación de la tasa de ganancia al promediar la década de los sesenta. Las últimas cuatro recesiones (1967, 1969-70, 1973-75 y 1979-82) se han caracterizado por ser cada vez más largas y profundas que sus antecesoras.²⁷

Tomando en cuenta esa tendencia, se cree que el fin de la "recuperación Reagan" en Estados Unidos y las economías centrales asumirá la forma de una profunda recesión primero y de una muy posible depresión después.

El rasgo de la economía-mundo que más hace temer una catástrofe es el dominio que la especulación desenfrenada ha asentado sobre la marcha del sistema internacional. Como han hecho notar Harry Magdoff y Paul M. Sweezy, "a medida que el sistema financiero se ha ido apartando de su papel como posibilitador de la producción y distribución de bienes y servi-

cios, más vida propia ha ido adquiriendo".²⁸ El número de acciones promedio comercializadas diariamente en la Bolsa de Nueva York fue, por ejemplo, de 19 millones en 1975 y pasó a 109 millones en 1985, mientras los contratos a futuro, que en 1960 estaban más relacionados con la producción de mercancías, sufrieron transformaciones impresionantes en tres sentidos: a) paulatinamente fueron orientándose hacia los metales preciosos, la compra de divisas extranjeras por parte del público estadounidense y los mercados financieros; b) su crecimiento fue realmente vertiginoso, ya que pasaron de 3.9 millones en 1960 a 92 millones en 1980 y a casi 160 millones en 1985, y c) desde 1977 en Estados Unidos la producción industrial creció en 25% y el volumen de dichos contratos lo hizo en 370 por ciento.²⁹

Otros indicadores de la carrera especulativa que vive la economía estadounidense —que por cierto pueden ser extrapolados a la economía mundial, en la medida en que Estados Uni-

²⁷ A. Gunder Frank, *op. cit.* (II parte), pp. 25-26.

²⁸ H. Magdoff y P.M. Sweezy, *op. cit.* p. 23.

²⁹ *Ibid.*, pp. 23 y 25.

dos es un componente central de ésta— son los siguientes:

- En 1950 la contribución del sector financiero al PNB representaba 21% y en 1985 esa proporción casi se había duplicado, llegando al 40 por ciento.
- En el primer año mencionado, los dividendos e intereses alcanzaban 8.1% del total del ingreso personal. Gracias a factores como el aumento desmedido de las tasas de interés, en 1982 la proporción superaba ligeramente el 17 por ciento.
- El empleo en el sector financiero creció, entre 1970 y 1982, prácticamente al doble del generado por la economía en su conjunto, sufriendo un aumento de 3.6 a 5.4 millones de plazas (50%, frente al aumento de 26% en el empleo total).³⁰

Esta explosión financiera ha tendido a ocupar con celeridad otros espacios de la economía mundial, de tal forma que las corrientes financieras superan holgadamente a las corrientes comerciales internacionales y dominan los mercados monetarios. Una situación de esta naturaleza aumenta sensiblemente los peligros, porque:

Debido al alto grado de inestabilidad de los tipos de cambio, estos mercados financieros ampliados podrían alterar las corrientes financieras en cualquier momento, lo que posiblemente produciría fuertes tensiones e incluso desorganizaría el sistema financiero mundial.³¹

Ello se insinuó en ocasión de la caída de la Bolsa de Valores de Nueva York en octubre de 1987, que de inmediato hizo sentir sus efectos en los mercados bursátiles del orbe entero, desde Tokio hasta Londres, pasando por Melbourne, Hong Kong, México y Toronto, por sólo mencionar algunas plazas. En esa ocasión, el mundo volvió a recordar con angustia las imágenes del 29, aunque después las ha olvidado, sobre todo cuando los mercados que entonces se despeñaron hoy se han recuperado, e incluso algunos de ellos rebasan niveles que previamente alcanzaron.

Pero el derrumbe del mercado bursátil neoyorquino es un aviso significativo si se toma en cuenta que tras el pánico que se desatara el fatídico 28 de octubre de 1929, la Bolsa tam-

bién se estabilizó e incluso elevó sus cotizaciones en 50%, sólo para caer lenta pero sostenidamente cinco meses después.

Además, es necesario recordar otros importantes datos:

En aproximadamente siete horas del "lunes negro" del 19 de octubre (de 1987), el índice Dow Jones perdió 508 puntos, lo que equivale a una caída del 22.6%, al iniciar la jornada con 2 276.74 puntos y cerrar el día con 1 738.41, casi el doble del récord de caída del 12.8% del 28 de octubre de 1929. Se perdieron de 500 a 600 mil millones de dólares. Se estima que en unos días... la caída conjunta en todas las bolsas fue de 2 billones de dólares, es decir, una cifra equivalente al 20% de la producción anual en conjunto de los países capitalistas, o al 50% del producto anual de la economía norteamericana, o al valor de 3 años de la producción global de todos los países de América Latina.³²

No es la intención de este escrito formular gratuitamente malos augurios sobre el futuro de la economía mundial, pero creemos que los buenos deseos no deben confundirse con las señales de alarma que se dejan escuchar.

Con diversos matices y desde muy distintas perspectivas, varios analistas de la economía internacional y sus ciclos críticos —entre los que se encuentran John Kenneth Galbraith, Lester Thurow, Anatole Kaletsky, Peter G. Peterson, Paul Kennedy y los ya citados André Gunder Frank, Paul M. Sweezy y Harry Magdoff— consideran que es factible que, tarde o temprano, la segunda gran depresión del siglo XX efectivamente nos alcance.

El economista hindú Ravi Batra ha ido aún más lejos y ha predicho el inicio de la catástrofe en 1990. Fundamentado en un detenido estudio de los ciclos a largo plazo del crecimiento económico, la evolución de las tasas de inflación, el intervencionismo gubernamental y el comportamiento de la masa monetaria estadounidense, Batra encuentra que el comportamiento económico de esa potencia estaría orientado de la siguiente forma: "Cada decenio, a partir del de 1780, ha presentado una marcada recesión. La depresión, que es mucho peor que la recesión, ha venido produciéndose cada tres o seis decenios, en el sentido de que, cuando uno de los periodos tridecenales presentó sólo una recesión, al vencimiento siguiente, es decir, al sexto decenio, se produjo un bajón económico de proporciones críti-

³⁰ *Ibid.*, pp. 25 y 106-107.

³¹ H. Schmidt *et al.*, *op. cit.*, pp. 14-15.

³² Véase *Economía Internacional*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, núm. 4, octubre de 1987, p. 2.

cas".³³ De acuerdo con ello, 1990 será el año inicial de una devastadora depresión acumulativa, habida cuenta de que en 1960 no se registró crisis alguna, como debió haber sucedido de acuerdo con los ciclos detectados por este autor.

Ocurra la depresión o no, existen ya visiones sobre lo que sería el mundo después de ese trauma. La post-crisis podría acelerar el incipiente movimiento hacia una política de formación de nuevos bloques económicos que ya empieza a vislumbrarse en nuestros días; se habla de que emergería un bloque estadounidense en el hemisferio occidental, uno japonés en el oriente de Asia (o una combinación de los dos en la Cuenca del Pacífico), y uno más encabezado por Europa Occidental que, en un momento dado, podría extender sus nexos no sólo hacia Europa del Este, sino también en dirección de Medio Oriente y África. A cada uno de los bloques correspondería la preeminencia del dólar, el yen o el marco.³⁴

¿Qué implicaría un reacomodo de fuerzas de esta magnitud? Ante todo, significaría la ruptura del equilibrio de poderes fraguado a lo largo de la segunda posguerra y sus consiguientes alianzas de todo tipo y vendría a ser el corolario de un proceso de fragmentación hegemónica en el terreno de la economía, la política y la estrategia militar que, a mi juicio, ya se puede ver en nuestros días. Como bien apunta José Miguel Insulza:

... la crisis no será superada en los marcos de una nueva hegemonía mundial única, sino más bien a través de la configuración de nuevos bloques y hegemonías regionales, confrontada en un equilibrio inestable y la permanente disputa por los mercados y las zonas de expansión que el Tercer Mundo proporciona.³⁵

Por desgracia no existen, en esta perspectiva, grandes oportunidades para que regiones como América Latina participen de manera relevante en la configuración de la nueva estructura de la economía mundial, de la misma manera que se han mostrado impedidas para desempeñar un papel activo en la solución de los problemas actuales, lo cual está lejos de significar que su importancia sea nula y su potencial escaso:

³³ R. Batra, *op. cit.*, p. 27.

³⁴ *Cfr.* A. Gunder Frank, *op. cit.* (parte II), pp. 32-36.

³⁵ José Miguel Insulza, "El contexto global de la crisis", en P. González Casanova y H. Aguilar Camín (coords.), *México...* *op. cit.*, p. 41.

En la medida en que América Latina pueda prosperar, el aumento de sus importaciones de equipo europeo, norteamericano y japonés y sus compras de tecnología contribuirán a su vez a fortalecer el crecimiento de aquellos países. *América Latina puede responder, pero no está en posibilidad de tomar ninguna iniciativa*, y mientras tanto tendrá que permanecer a la expectativa; su posición moral y de prestigio no basta, necesita disponer de recursos propios y tener acceso al crédito internacional en condiciones favorables.³⁶

Precisamente por esas posibilidades que tiene para responder, nuestra América podría, en conjunto o individualmente, enderezar una serie de acciones que la lleven a formular y/o reforzar proyectos nacionales populares y democráticos que eviten su satelización y pauperización y sean capaces de negociar con inteligencia su incorporación ventajosa en el orden planetario que está emergiendo y que surgirá con mayor nitidez en caso de cristalizarse un macrosismo de la economía-mundo.

Es en este contexto en donde los márgenes de maniobra y las tareas que México tiene por delante encuentran un referente de primera magnitud, y su diagnóstico cobra indudable relevancia.

III. A manera de conclusión: retos y perspectivas de México frente a la crisis económica internacional

Lejos de proponer nuevos paradigmas o plantear nuestras ideas como un *corpus* reflexivo irrefutable, en las siguientes líneas nos proponemos externar algunas consideraciones y propuestas destinadas a reducir la vulnerabilidad externa del país de cara a la crisis vigente de la economía mundial y a la posible gran depresión que le aguarda.

Es claro que las propuestas que en seguida se detallan tienen un carácter preliminar y hasta exploratorio (y por ello están evidentemente sujetas a la crítica, la complementación y la refutación), pero sentimos que tales particularidades no les restan cierto grado de viabilidad y urgencia.

En primer lugar es necesario insistir, en todos los foros y negociaciones financieras a nuestro alcance, en una renegociación "concesional" de la deuda externa de México. La in-

³⁶ Martín Romero Morett, "La crisis de América Latina en el contexto de la economía mundial. Entrevista a Víctor L. Urquidí", en *Carta económica regional*, año 1, núm. 6, Guadalajara, INESER, mayo-junio de 1989, p. 2. Subrayado de JLLM.

tención del plan que lleva el nombre del secretario del Tesoro estadounidense, Nicholas Brady, en el sentido de considerar a las reducciones netas del monto de la deuda como el principio más adecuado en el camino de las soluciones al problema de la deuda del mundo en desarrollo, debe ampliarse hasta el logro de condiciones de pago basadas en el valor real de la deuda externa en mercados secundarios. Sólo por este camino —el de la corresponsabilidad— será posible desactivar la “bomba de la deuda”, cuya explosión no haría sino introducir mayores elementos de inestabilidad en un sistema financiero internacional que no se caracteriza precisamente por ser apacible; intentar la solución del problema mediante el simple expediente de los nuevos créditos significaría, a fin de cuentas, evadir la verdadera naturaleza de la deuda (que es impagable) y sus posibles consecuencias perniciosas para todos a mediano plazo.

En segundo lugar la apertura de nuestro mercado al exterior resulta no sólo pertinente sino necesaria. Es obvio que la economía mexicana debe superar las condiciones proteccionistas de “invernadero” que facilitaron casi cuatro décadas de sustitución de importaciones; menos aún, a la vista de la creciente integración de la economía-mundo, es conveniente pensar en la autarquía. Sin embargo, el proceso de apertura necesita ser gradual, selectivo y dinámico para rendir frutos positivos. Esto comporta, como ha manifestado el hoy presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, “el empleo inteligente de la acción del Estado, la utilización de la capacidad importadora de los países y, al mismo tiempo, una vigorosa acción en favor de la expansión y diversificación de las exportaciones, tanto tradicionales como de manufacturas”.³⁷ Una apertura económica “crítica”, en especial

frente a los artículos de consumo suntuario, sería un punto extremadamente favorable para reducir la vulnerabilidad externa del país e incluso aumentaría los signos positivos que la balanza comercial ha registrado en los últimos seis años.³⁸

En tercer lugar, es necesario llevar adelante nuestros intentos por diversificar los mercados de los productos mexicanos. Plantear la idea de un mercado común con Estados Unidos no parece lo más conveniente en este momento, tal como acertadamente lo ha planteado la Cancillería,³⁹ y lo han confirmado numerosas opiniones autorizadas. “Tengo muchas dudas acerca de formalizar cualquier forma de integración y creo, en cambio, que tenemos una posibilidad de apoyos en el mundo, de contrarrestar debilidades, de hacer políticas activas en la Cuenca del Pacífico, con Europa Occidental, con la Unión Soviética. Estas relaciones deben preceder cualquier intento formal o semiformal de integración con los Estados Unidos de América”,⁴⁰ dice Carlos Fuentes, y nosotros suscribimos sus palabras.

Por último, la visión de las consecuencias de toda política económica debe llevarnos a evitar experimentos extremos, así como a revalorar las potencialidades y posibilidades de nuestra economía dentro del complejo sistema mundial. En efecto, a la vista de un panorama que se caracteriza por el proteccionismo, la restricción de los flujos de capital para los países en desarrollo, la creciente rivalidad entre los polos más dinámicos de la economía internacional, y la amenaza de una depresión de grandes magnitudes, México enfrenta el reto de encontrar las fórmulas para insertarse con eficiencia, sentido político y plena conciencia de su identidad nacional en un mundo cuyos cambios frecuentemente rebasan la velocidad de nuestra mirada.

³⁸ Debe reconocerse que estos signos positivos tienden a agostarse conforme transcurre el tiempo. En el primer semestre de 1989, la balanza comercial registró una caída de aproximadamente 2 mil 67 millones de dólares con respecto a igual periodo del año pasado. Esto significa que el saldo fue únicamente de 349 millones de dólares, como resultado del acelerado incremento de las importaciones de bienes de uso intermedio y consumo.

³⁹ Véase al respecto el discurso del secretario de Relaciones Exteriores, Fernando Solana, ante la Asociación Mexicana de Estudios Internacionales, publicado en *México Internacional*, año 1, núm. 1, México, agosto-septiembre de 1989, pp. 6-7.

⁴⁰ Carlos Fuentes *et al.*, “Frontera norte: la cicatriz y la herida”, en *Nexos*, vol. 12, núm. 140, México, agosto de 1989, p. 31.

³⁷ E.V. Iglesias, *op. cit.*, p. 266.